

REVISTA HISTÓRICA. Publicación del Museo Histórico Nacional, año LVI, 2ª época, Tomo XXXIII, N° 97-99, Montevideo, diciembre de 1962, pp. 54-71.

**Un testigo inglés de la Cisplatina:  
L. Boutcher Halloran**

*A George Pendle*

Acentuadamente disímil a la gran mayoría de los integrantes de la constelación de viajeros anglo-sajones del siglo XIX, casi ignorada hasta nuestros días, hallada por un feliz azar, la obra de L. Boutcher Halloran, teniente de la Marina Real inglesa, sobre su estada en el país, merece una breve introducción que subraye alguno de sus rasgos.

Algún día de búsqueda en años pasados y en una librería de viejo montevideana, el Director del Museo Histórico dio con un cajón de libros que aparentemente nadie había escrutado. En un volumen desmadejado, en un librito irrelevante, advirtió una dedicatoria que ofrecía el ejemplar, cálidamente, a una señorita montevideana.

Eran los “Rescued fragments of Cabin Memorandums” (“Fragmentos rescatados de apuntes de camarote”) del ya mencionado teniente Boutcher Halloran, que D. Juan Pivel Devoto solicitó traducir a Mercedes Massera, encargándonos más tarde la tarea de su examen y anotación.

El total olvido de Boutcher Halloran y su obra se configura plenamente si decimos que el autor no aparece en el amplísimo “National Dictionary of Biography” inglés<sup>1</sup> y que el libro no está mencionado en el gran catálogo de viajeros de Sabin ni era conocido (en oportunidad de nuestra encuesta) por tres tan notorios especialistas británicos en el género como el escritor George Pendle, el librero anticuario Frank Meggs y el historiador Robin A. Humphreys.<sup>2</sup>

Sin embargo, a través de los propios “Rescued fragments” es posible establecer algunas inducciones biográficas que disipen, en parte aunque más no sea, la densa oscuridad que rodea, la trayectoria del marino-escritor.

Sabemos, por ejemplo, que había nacido en Devonshire, cerca del extremo suroeste de Inglaterra, bastante próximo al puerto de Plymouth, donde en 1826 W. Curtis editó el libro en su local de Whimble Street. Su ciudad natal, o tal vez la residencia de sus años de juventud, debió haber sido Devonport, a juzgar, a lo menos, por la cantidad de habitantes que en esa localidad suscribieron a su obra.

Sabemos que en alguna parte de la isla habitaba una esposa muy querida (Harriete, Harriet, Enriqueta) y unos niños, sus hijos y que a una y otros dedicaba, esporádicamente, algunos momentos de gentil melancolía. Que probablemente rondaba la treintena podemos suponerlo por su grado y al verle recordando su estada en la rada de Rochefort, en 1810, a bordo del “Dreadnought”, en la lucha marítima que Inglaterra libraba por esos años contra Napoleón. Debía ser por entonces casi un adolescente, lo que no es inverosímil, si se atiende a que esa era, justamente, la etapa de la vida en que la carrera naval se iniciaba en aquellos tiempos. Con más seguridad que todo eso, sabemos además que, destinado a la estación naval sudamericana, Boutcher Halloran embarcó en el H. M. S. “Brazen”, bajo el mando del capitán Willis y en fecha no precisada. Que el 11 de junio de 1823 su buque llegó a Bahía, donde los portugueses resistían el asedio brasileño. Que el 21 del mismo mes se encontraba en Río de Janeiro y el 7 del siguiente navegaba hacia el Río de la Plata. Que el 19 de julio, el “Brazen” pasaba junto a Isla de Lobos y anclaba en la rada de Maldonado y un día después se hacía a la vela hacia Montevideo. Que tras breve permanencia en nuestro puerto, el barco pasó a Buenos Aires, donde tuvo ocasión de provocar un sonado incidente.<sup>3</sup> Que en su constante movilidad de patrulla, se dirigió más tarde el “Brazen” de Buenos Aires a Colonia y de ésta a Montevideo, en cuya bahía se estacionó durante un considerable lapso. De nuevo lo vemos rumbo a Maldonado el 24 de octubre, aunque el 2 de noviembre de 1823 se encuentra en nuestra capital, anclando en su puerto hasta el 10 de diciembre. En esa fecha parte hacia Colonia, a la que visita hasta el día 19, volviendo de nuevo a nuestra ciudad el día 21. Por otra vez entre nosotros, Halloran y los suyos vivieron las nostalgias de la íntima Navidad nortea en un 25 de diciembre desarbolado y veraniego.

Relevado en sus tareas el “Brazen” por el H. M. S. “Britton”, hacia fin de año, Halloran y su barco se dirigieron hacia el Norte, estacionando en Río de Janeiro. Ya allí, y el 14 de febrero de 1824, pasó Boutcher al H. M. S. “Spartiate” en el que había de volver a Inglaterra, concluyendo así su servicio sudamericano. Recibió, empero, la orden inesperada de volver hacia Montevideo, orden que naturalmente cumplió, aunque no en el barco antedicho sino en el H. M. S. “Doris”, cuya misión era, a su vez, la de relevar al “Spartiate”. Su quinta permanencia en nuestra capital, ya ocupada por los imperiales de Lecor, cubre un período no establecido de 1824. Posteriormente retornó Halloran a Inglaterra, en setiembre del mismo año y en el mismo “Doris” de su segunda venida al Sur.

## II

Si estos son los escuetos datos que de las actividades de Halloran en su libro pueden rastrearse, pocos relatos de viaje, en cambio, proporcionan un material tan rico, tan inequívoco, para reconstruir una estampa, un carácter, una conducta.

A una primer mirada, Halloran se nos aparece como un hombre contradictorio. Por una parte, honda y hasta obsesivamente religioso, estricto hasta lo remilgado, moralizador hasta la moralina. Por otra, aunque lo sepamos casado y lo supongamos fiel, su entusiasmo erótico, su explosividad sentimental, su efusión a flor de piel han dejado rastros inocultables en casi todo su testimonio. Constantemente tiene que brindarse con el recuerdo de su Enriqueta, pero la profusión del recurso es síntoma irrecusable de lo necesario que le era. Si recordamos que todo libro es una confesión pública y sabemos que en Inglaterra le esperaba una inquisitivo lectora, pueden ponerse estas invocaciones en la irremisible cuota del disimulo marital. La lista de nombres femeninos es, con todo, demasiado extensa como para no despertar suspicacias, aun si le restamos los de las que él llamaba sus “queridas niñas”.

Con esto rozamos, sin duda, uno de los aspectos más singulares de la personalidad del viajero. La larga nómina de sus devociones: Ana, Lisarda, Concepción, Luisita, Francisca, Adelina, Sita, Margarita, Agustina... es, naturalmente, imposible de identificar, pero importa más notar que entre esas muchachas de edades con seguridad dispar, repartió Boutcher la mayoría de sus horas montevidéanas. Con ellas bailó, paseó, tuvo que apelar a su Enriqueta, lejana pero admonitoria como el ojo de Jehová. Debían pertenecer (la mayoría por lo menos) a la colonia inglesa o anglo-uruguayana; apartadas ahora las mujeres cabales, debían hallarse (la mayoría también) en cierto límite — para unos delicioso y desabrido para otros — entre la infancia y la adolescencia. De alguna sabemos que tenía ocho años; otras no se encontrarían, de seguro, en región tan inocente. Con todo el aire de pureza, de espiritualidad, de levedad romántica que Halloran arrastra en esta confesión en torno a sí, es imposible no verlo a menudo en cierto ambiguo tornasol entre el compañero de juegos y el rendido galán. La limpidez, sin embargo, es lo que domina sin muchos contrapesos; la poesía, hondamente sentida, de la infancia y sus paradisiacos (y a veces imaginarios) primores.

Ya le hemos aplicado a Boutcher la palabra romántico (y tendremos ocasión de reiterarlo mejor) pero la antelación es necesaria, porque esta devoción a la infancia, este enterneamiento por la inocencia, esta angelización de lo pueril es uno de los trazos más rotundos de la actitud vital del romanticismo; es una de sus emociones canónicas. Y tampoco falta en ella, agréguese (y es una de las entrelíneas más sugestivas del “Werther” goethiano) cierto difuso erotismo, cierto esfumarse de fronteras de edades y calidad que, si extremáramos el análisis con mejor información, tampoco sería imposible rastrear en nuestros modestos “Rescued fragments”.

Ignorando el español (por lo menos para su uso coloquial), pocas oportunidades tuvo que tener Boutcher de relacionarse con familias o

personalidades orientales, por lo que su período montevideano transcurrió en algunas hospitalarias casas de la colonia británica o norteamericana. Algunas de estas familias han desaparecido de la vida uruguaya; la mayoría testimonian hasta hoy una profunda identificación con la existencia nacional.<sup>4</sup>

Dinámico, cordial, extravertido, poeta, inflamable y pío (todo a un mismo tiempo), Boutcher debió haber tenido entre ellas lo que se llama una “buena prensa”, éxito que probablemente repitió entre los roles de las tripulaciones con que navegó, si se atiende a la lista de suscriptores de su memoria oriental.

### III

El testimonio de Boutcher Halloran pertenece al no muy copioso núcleo de la época de la Cisplatina. Durante ese período, por razones no siempre fáciles de comprender, muchos viajeros no se detuvieron en Montevideo o no registraron, por lo menos, sus impresiones de nuestra ciudad. Entre tales omisos se encuentran, por ejemplo, King (1817), Myers (1819), Temple (1826), el equívoco “Inglés” que pudo ser Thomas George Love o John Laddock. (1820 - 1825) y, lo que es más de lamentar, los dos interesantísimos Samuel Haigh (1817) y el Capitán Charles Bond Head (1825 - 1826). Son escasos, pues, los textos con los que pueden contrastarse, sin anacronismo, las observaciones de nuestro autor. Los de viajeros de origen continental resultan, como es común, menos valiosos que los anglo-sajones y el juicio es aplicable con precisión al muy pobre de Jacques Arago (1817 - 1820), y al de José Sallusti, cronista de la Misión pontificia de Muzi y Mastai Ferreti (1824 - 1825). Tiene también su excepción y ésta es la del rico testimonio de Auguste de Saint-Hilaire (1821).

El caudal de viajeros anglo-sajones comprende al norteamericano C. M. Brackenbridge, que vino con César Augusto Rodney (1817), al acuarelista Emeric Essex Vidal (anterior a 1820), al estadounidense Alexander Caldcleugh (1821) y al airado inglés J. A. B. Beaumont (1826). A esta lista debe agregarse hoy el totalmente traspapelado libro de James Weddell, el explorador de la Antártida, que estuvo en Montevideo en el año 1824,<sup>5</sup> ese mismo en que Boutcher lo abandonó y en que Woodbine Parish (el 31 de marzo) llegó a Buenos Aires como agente acreditado del reciente reconocimiento diplomático inglés.

Dentro de una previsible y fuerte tónica general, todos los anteriores transeúntes poseen una definida individualidad y Halloran, probablemente, una personalidad más acentuada que cualquier otro. Tan es así, que creemos que sólo al Capitán Head pudiera serle comparado en entusiasmo y frescura, aunque es seguro que Boutcher no poseía esa capacidad de ternura ante lo ínfimo, esa disponibilidad ante la vida, esa nitidez visual que hacen al autor de las “Rough Notes” un clásico auténtico de la literatura de viajeros de todos los tiempos.

Pero es otra la más acentuada originalidad que la obra de Boutcher Halloran posee respecto al gran conjunto de testimonios anglo-sajones del Río de la Plata y ella resulta de que sea uno de los pocos dedicado totalmente a lo que después habría de constituir nuestra República. Si nuestros cálculos no nos engañan, habrá que llegar hasta 1871 para encontrar en el Reverendo J. H. Murray y sus "Travels in Uruguay" un libro centrado en nuestro país, si bien podría señalarse que, a diferencia del clérigo inglés, Halloran no vio casi nada del interior del territorio uruguayo. De cualquier manera, las dos contribuciones difieren del resto de las otras, en las que el Uruguay representa sólo uno o varios capítulos (usualmente la escala en Montevideo) dentro de un desarrollo que cubría, por lo habitual, las regiones del Plata, las adyacentes del Brasil y, a menudo, Chile y otras naciones del Pacífico.

Una resta más decisiva del valor testimonial que el libro de Halloran podría aportar la constituye, sin duda, la afirmación de que en la etapa de la vida en que nuestro marino vino al Plata, poco más era capaz de ver que su propia, enhiesta y efervescente personalidad.

Cómo Boutcher brincaba sobre los hechos para convertirlos en trampolín de reflexión generalizadora o ensimismado recuerdo se ve superlativamente en dos ocasiones.

Impedido por el tiempo, en un caso, de concurrir a un Tedeum lusitanista en la iglesia de Colonia (y durante la cual ésta vuela, con lo que, de añadidura, salva su vida) Halloran pasa rápidamente de allí, a una divagación sobre la vida y la muerte, sobre la liturgia católica, el uso de las imágenes y otros intemporales temas conexos. Este desprecio por el episodio concreto, esta elusión de anécdotas que hubieran deleitado a otros viajeros, es aun más visible cuando a bordo de su barco "Brazen" participa, en la rada de Buenos Aires y en agosto de 1823, en un sonado incidente con las autoridades argentinas. El hecho, que hubiera ocupado ancho espacio en cualquier otro relato militar o civil, apenas le mereció tres breves., y laterales, alusiones.<sup>6</sup>

Tampoco Boutcher parece apoyarse en ningún viajero anterior,<sup>7</sup> lo que resulta en cierto modo extraño, pues la regla, para los testimonios ingleses por lo menos, era de que cada uno llegase al Plata trayendo en su memoria (o su maleta) un caudal, a veces copioso, de los libros de sus antecesores (que enriquecía pero a la vez prejuiciaba su visión).

Si a todo esto, le agregamos cierta alegre psicología de marinero en tierra que no se preocupa por averiguar mucho del país en que recala, es comprensible que

hayan sido varias las causas que decidieron la parquedad de lo que en él puede valer como mero documento.

Es así característica fundamental de este pequeño libro la andadura radicalmente introspectivo y lírica del relato; las luces — completa psicografía — que sobre su autor arroja, se pagan (es inevitable que así sea), con esa relativa escualidez en la percepción del contorno y aun, como se observaba recién, con la de algunos episodios en que le tocó intervenir.

De alguna manera, sin embargo, no dejan de hacerse presente en el libro de Boutcher algunos rasgos del Montevideo de 1823 - 24 ni dejan de resonar en él, extremosamente amortiguados, es cierto, los acontecimientos que marcaron la vida oriental de aquellos años. En su debido lugar se señalarán esas resonancias, pero sería injusto dejar la obra en este valor de ser una visión empañada de lo que pudo y debió contemplarse de más cerca. Y es que si callan mucho, los “Rescued Memorandums” nos dan, en cambio, al modo impresionista y lírico que los singularizan, otra cosa. Y esa otra cosa, comunicada a veces con rara intensidad, es cierto perfume ambiental, tan diluido como inesquivable, del Montevideo de la Cisplatina. Bailes, mercados, mañanas, atardeceres en las murallas, asombro ante nuestro variable tiempo, horror en los camposantos, modestas quintas hortelanas y alrededores descalabrados están en él mucho mejor que en otros descriptores empeñosos. También notas más precisas: la vestimenta de las montevidéanas, las casas de aquella época, una lograda estampa del gaucho suburbano. Unos y otros son los pergeños que en Boutcher asume una sociedad convaleciente, insegura, cautelosa, desorientada; una sociedad en la que, sin embargo, se estaba gestando ya la entusiasmada respuesta al llamado heroico de la Agraciada.

#### IV

Boutcher llegó a Montevideo después que, lanzado el grito de Ipiranga el 7 de setiembre de 1822, la Banda Oriental quedó en disputa entre los poderes rivales de brasileños y portugueses, “imperiales” y “realistas”, viejos súbditos de Don Juan VI y nuevos súbditos de Don Pedro I. El futuro Uruguay se vio así dividido entre las potestades de Carlos Federico Lecor y de Álvaro Da Costa. El primero, que optó por el nuevo Imperio desde el 11 de setiembre de 1822 y había sido en consecuencia declarado traidor por Portugal, dominaba el interior a través de sucesivos asentamientos en San José y Canelones. Encerrado en Montevideo, aislado de su metrópoli y pese al activo apoyo de un nuevo Cabildo elegido a principios de 1823, Da Costa pocas posibilidades de supervivencia tenía y así abrió negociaciones con su ex-compañero de armas y superior que se formalizaron en octubre de 1823, concluyeron el 18 de noviembre del mismo año y aparejaron el 24 de febrero de 1824 la evacuación completa de la capital, en la que Lecor y sus tropas penetrarían cuatro días más tarde. Tratábase, como se ve, de una querrela

entre ocupantes, de un conflicto entre peninsulares realistas e “imperiales”, “laguninos”, “continentales”, “pernambucos” (que todos estos motes recibieron los que formaron en la facción de Lecor), en el que nada se jugaban inmediatamente los ya despiertos núcleos independentistas, aunque es natural que por un explicable cálculo, la opinión oriental no despreciara la posibilidad de maniobrar entre las dos facciones opuestas y cobrar su apoyo a una de ellas.<sup>8</sup> El 20 de octubre de 1823 el Cabildo de Montevideo impetraba a Da Costa (contra Lecor) la entrega de la ciudad al cuerpo, en caso de que los portugueses la abandonaran. Proclamó también, con una valentía desusada en él, la voluntad de inmediata incorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La invocación, empero, a claras estipulaciones de 1817, nada pudo para que la disidencia entre los poderes ocupantes se transara pacíficamente y sin consultar, parecía natural, la, voluntad oriental. El 9 de mayo de 1824 se juró en toda la Cisplatina la nueva Constitución del Brasil y habría que esperar un año para que las armas ganaran lo que no pudieron ganar los memoriales.

Mientras tanto, la política británica en el Río de la Plata, que condujeran primero Castlereagh y George Canning después, se movió sobre una compleja motivación. Estaban las largas vistas de un equilibrio mundial en el que Canning concebía a los Estados Unidos y a Hispanoamérica como piezas fundamentales.<sup>9</sup> Influía también el tenaz y madurado propósito de asegurar Hispanoamérica como campo proficuo de la expansión económica inglesa. Operaban las obligaciones de la vieja alianza británica con el Brasil, poseedor de la margen norte del Río de la Plata y como factor inmediato el temor a otras intervenciones europeas (la francesa especialmente). Para los directores de la política británica una estrecha alianza con los Estados Unidos era expediente inexcusable para evitarlas. Estaban, por fin, las obligaciones de Inglaterra con la Santa Alianza y los compromisos que el Reino Unido había contraído en el Congreso de Verona (1822).

Armar tantos propósitos en una sola línea política, moverse entre tan variados cauces, no era nada fácil. Menos lo era llevar esa línea al ritmo necesario como para no dejarse ganar de mano por los Estados Unidos en la lucha decisiva por la influencia en nuestro continente. Que fuera Inglaterra la victoriosa, y durante un siglo, por lo menos, dependió, fundamentalmente de que los Estados Unidos resultaran absorbidos por su propia expansión interior, pero entonces no podía verse con tal nitidez el curso de los sucesos futuros. El hecho era que los Estados Unidos se hallaban en competencia con Gran Bretaña en la prioridad del reconocimiento de las nuevas repúblicas del Sur (primer paso de aquel otro plan largo); y el hecho también que afortunadas maniobras diplomáticas les permitieron aventajar en la justa a su ex-metrópoli.

Los Estados Unidos, como se ha historiado con precisión,<sup>10</sup> no podían anudar relaciones con nuestros países hasta haber logrado la Florida, la codiciada “tierra del sol”, de manos de España. Y para conseguirla se esgrimió ante ella la amenaza del reconocimiento de las nuevas naciones sudamericanas. En 1819 la maniobra tuvo éxito y adquirida Florida así, el equipo federalista de Washington, que acababa de dar prueba tal de su magnífica y predatoria lucidez, se dio el plazo de elegancia de tres años (de piedad, pudiera llamársele) para practicar el gesto con que había amenazado. En 1822 reconoció así Estados Unidos a las Repúblicas del Sur; en 1823 (el 2 de diciembre), la doctrina de Monroe completó la medida con un veto de extraordinaria eficacia.

Nada ajena Inglaterra a esta declaración que favorecía sus miras contra las reivindicaciones del absolutismo, no dejó, sin embargo, de acusar tantas diestras jugadas.

También estaba el Gobierno presionado por la urgencia creciente de los intereses comerciales exportadores, por Barclay y la poderosa Banca Baring Brothers. Exportadores y banqueros no querían dejarse distanciar en este privilegiado rincón del mundo por los intereses norteamericanos similares y se sentían seriamente atemorizados por la declaración del colombiano Zea de que las naciones hispanoamericanas no comerciarían con las potencias europeas que no las hubieran reconocido a su debido tiempo.<sup>11</sup> Gran Bretaña capeó la amenaza (hipotética, por otra parte, si se atiende al contexto histórico) efectuando los reconocimientos entre 1824 y 1825 por la vía práctica de designar y enviar agentes diplomáticos y consulares y concluir tratados de comercio y amistad con las nuevas naciones del continente.

Por tantas circunstancias, 1823 y 1824, los años de la estada oriental de Halloran, cobraron para la política rioplatense de Inglaterra excepcional importancia.

Hallándose, por ejemplo, Boutcher por estas latitudes, el 30 de enero de 1824 se emitiría el mensaje de Canning al Parlamento en que se presentaba como campeón único del reconocimiento, logrando la aprobación de la medida poco antes de Ayacucho. También durante la permanencia del marino entre nosotros, el cónsul Thomas Hood informaría a George Canning sobre la solicitud de dos innominados “caballeros” que le propusieron que la Banda Oriental se convirtiera en colonia de Gran Bretaña, si bien la respuesta del Secretario fue la de hacer oídos sordos a tales sugerencias.<sup>12</sup> Pocos meses antes de su partida, llegó a Buenos Aires Woodbine Parish, primer enviado diplomático inglés. Y debe agregarse que también mientras nuestro autor andaba por aquí, emitió Monroe su famosa declaración en el mensaje al Congreso y llegó a nuestro puerto (el 1º de enero de 1824) la misión que enviaba el Vaticano a las nuevas Repúblicas del Suratlántico.

## V

La presencia de Boutcher y los suyos en el Río de la Plata no constituía, como es previsible, un hecho inconexo con esas maniobras.

Desde que Sudamérica ingresó en el turbión revolucionario y, más intensamente, desde el reconocimiento de las nuevas repúblicas, las naciones europeas: Francia, Inglaterra, Estados Unidos también, mantuvieron en las costas sudamericanas una regular vigilancia naval que los intereses de sus connacionales y la inestabilidad de nuestros países hacían, sino siempre legítima, eminentemente útil. Respaldaban esas naciones por tal medio los designios de su diplomacia; le daban una inmediata contundencia.

Gran Bretaña fue la potencia iniciadora de esa conducta. Desde 1808, con motivo del traslado de la corte portuguesa a Brasil, un “escuadrón naval” inglés se movió entre los puertos insulares y Río de Janeiro.<sup>13</sup> Desde noviembre de 1809, a raíz de la autorización de cargar barcos británicos en los Puertos del Río de la Plata, los desplazamientos del “escuadrón naval” llegaron a nuestras latitudes. Las amenazas francesas sobre las posesiones españolas del Sur sumaron, a esta facultad, razones estratégicas de vigilancia que hicieron que las autoridades españolas la vieran con benevolencia.<sup>14</sup> Tal es el origen de la “estación naval del Sur” o “sudamericana” que desarrolló hasta bien avanzado el siglo XIX sus actividades entre Europa, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, las Malvinas y Valparaíso. También tenía por misión vigilar la ruta, sumamente interesante para Inglaterra, del Cabo de Buena Esperanza. Dirigido por “comodoros” designados a veces desde Inglaterra y otras por el Jefe de la Escuadra del Atlántico, el “escuadrón naval sudamericano” que tenía sus oficinas centrales en Buenos Aires, cumplió antes del reconocimiento funciones semidiplomáticas. También ejerció una activa intervención en los primeros tiempos de nuestro proceso independiente y, más tarde (es su actuación más conocida), durante la época de Rosas. Su estudio, que ha sido iniciado por historiadores argentinos,<sup>15</sup> está siendo realizado en la actualidad, y al parecer en forma exhaustiva, por el ya citado historiador inglés Robin A. Humphreys.<sup>16</sup>

Incompletos, por ahora, son los datos de que puede disponerse para el mejor conocimiento de las actividades de “la estación” en estos años 1823 - 24.<sup>17</sup> Pero es indudable que el “Brazen” y el “Doris” en los que navegó Boutcher Halloran formaron parte de ella, en un momento de excepcional importancia, dado que se iniciaba en él la consolidación del Imperio del Brasil, se preparaba el reconocimiento diplomático de las nuevas repúblicas y se incubaba la inminente lucha por las márgenes del Plata.

## VI

Introspecciones, digresiones, inesperados diálogos, poemas intercalados dan un desusado aspecto a este librito de Halloran que Emir Rodríguez Monegal ha calificado de “deliciosamente caótico, arbitrario, infantil, cursilón pero lleno de apasionado amor por el Uruguay (o las uruguayas).”<sup>18</sup> Si es como testimonio de viajero que le consideramos, esos elementos, a los que debe agregarse cierto tipo de monólogos desdoblados sin la menor acotación de interlocutor ni de circunstancia, confieren a la marcha retrospectiva de Halloran un sello de agridulce irracionalidad y de predominio imaginativo que, a veces, sólo parece tomar pie en las cosas de nuestra tierra para izarse, tras ello, en una secuencia interior que no resulta demasiado atractiva para sus lectores.

Vale la pena, de cualquier manera, situar nuestro libro en las dos coordenadas y (menos abstractamente) en las dos modas literarias que explican, sino del todo, su inesperado carácter.

La vertebración del librito, pese a las reservas que anteceden, es la de los relatos de viaje y la misma alusión satírica que a ellos encierra el principio del capítulo V es un tributo a la sorprendente boga que en la Inglaterra de aquel tiempo tenía un género en el que confluían la pasión romántica por lo pintoresco y las necesidades prácticas de conocimiento del mundo impuestas por la creciente expansión económica británica.

Pero también, para la mirada medianamente afinada, la obra de Halloran paga parias a una moda (o un prestigio) que desde 1812 era tan sólida en su isla que ni siquiera el escándalo nacional o el sarcasmo metódico habían podido conmover. Esta moda es, naturalmente, la de Byron y, sobre todo, la del Byron reciente, cuyo ambicioso “Don Juan” había sido publicado hasta su quinto canto en agosto de 1821 y aumentaría con los siguientes, ya *Boutcher en el mar*, en julio de 1823. “Don Juan” es seguramente responsable en este modesto epígono de varios de los rasgos más arriba señalados, aunque es posible conceder que esta mixtura de poesía y de prosa, de lírica, drama y narración, de línea argumental y digresión inesperada, es un rasgo general de la literatura romántica. Sin embargo, el gusto por el libro informal y hasta involuntario, la técnica de la obra cuya unidad reposa en la simple persistencia de un protagonista es más concretamente localizable en el prestigio del huésped del “Palazzo Mocenigo”. Que el peso de su autoridad lo explique todo es otra cosa, y nos parece, por ejemplo, que la andadura errática de la obra puede obedecer a otras diversas causas. Se lee, por ejemplo, en Halloran, una segura inseguridad en cuanto al valor de su propio libro y no está aparentemente pescando cumplimientos cuando afirma que él es “insípido” y “aburrido” (capítulos XIII y XIV). Tiene que haber influido, también, esta incapacidad ya señalada del autor para ver muchas más cosas que su propio yo, lo

que, tal vez, explique que Montevideo y nuestro mundo le parecieran ofrecer un material hartamente insuficiente para elaborar una obra (cap. XIII). Con lo que, inadvertidamente, se hizo precursor de innumerables deliberaciones de nuestros escritores de hoy.

Todo esto sería especulación erudita, y ociosa para nosotros, uruguayos posteriores en casi un siglo y medios a la obra, si ésta no contara con algunas páginas que cobran, en la perspectiva histórica, una significación particular.

Se hablaba de que flota en la obra cierto perfume, ambiental de Montevideo y el sustantivo y el adjetivo, tienen sus consecuencias. Fue rasgo general de las primeras visiones de nuestra ciudad (en cuanto se pueden espigar en viajeros, funcionarios coloniales y aun escritores) su ilevantable prosaísmo, su tono inventarial, reseco, enumerativo. Tal vez existan excepciones; no las conocemos. Si frecuentamos, en cambio, en el libro de Halloran el principio del capítulo V, el pasaje final del XV, todo el XVII nos encontramos, y parece novedad absoluta, con los primeros ejemplos de lo que cabe llamar una emoción estética de lo montevidiano; con los primeros testimonios de lo que una mirada, fresca, ingenua, entusiasmada podía sorprender, más que en nuestras cosas, en el aire, el cielo, el mar, las formas, los tornasoles de nuestra ciudad. Las páginas en que este “fervor de Montevideo” se vierte ya justificarían por sí solas este hallazgo, esta edición, este trabajo nuestro.

Y es que Halloran no era, a diferencia de muchos de los que vinieron tras él, ni un político, ni un diplomático, ni un hombre de empresa y menos un hombre de guerra, sino, sobre todo, un alma poética y, vitalmente, un romántico cabal. No fueron solo ciertas modalidades del “Don Juan” las que actuaron en este libro y, si la tarea valiese la pena, podrían marcarse también las influencias de Walter Scott sobre cierta nostalgia medioevalista, la de Wordsworth en sus temas del hogar y en su evocación del campo inglés (cap. VII); tal vez la de Thomas Moore (citado en una ocasión y parafraseado otra) y seguramente la de los primeros poemas dramáticos de Byron (nunca citado, en cambio).

La “historia brasilera” versificada; la abundante dosis de horror y piratería que contiene el capítulo XXI es, por caso, una muestra (con perfección de laboratorio) de ese byronismo socializado y vulgar que hizo estragos en Inglaterra (y no únicamente en ella), a raíz del triunfo fulgurante de “El Corsario”, “Lara” y sus compañeros.

Boutcher estaba, empero, muy lejos de todo “byronismo vital”, por apócrifo que éste pudiera ser; este enternecido, este sentimental (ya aislado, ya rodeado de “sus queridas niñas”) sólo podía pulsar ciertas cuerdas infaliblemente morales: la nostalgia del hogar (capítulo IX); la amistad, la emoción de la naturaleza (VII y

XVIII); la poesía de las flores (XVIII y XXI) ; la compasión por el desvalido (XXII). Todos los rubros de una poesía edificante, en suma, que, casi con dos décadas de anterioridad, ya podía calificarse de “victoriana”.

Poseía, sin embargo, lo que tampoco suele faltar en los victorianos, porque es un rasgo del estilo nacional inglés que está más allá de épocas, modas y maneras: humor, sentido de lo cómico. Algunas páginas dedicadas a los animales entran en lo más logrado de su obra, aunque los seres humanos tampoco se encontraran inmunes a su sentido bastante afinado del ridículo.

## VII

Destáquese por fin — y para cerrar esta Introducción — que, como todos los viajeros, Boutcher traía, para apresar una circunstancia tan distinta a la suya propia, una peculiar perspectiva, un equipo de juicios y prejuicios, un repertorio de pareceres y de opiniones que siempre, cuando se quiere evaluar la entidad de un testimonio, es honesto despejar.

Sus ideas eran las del firme conservadorismo-liberal de principios del siglo XIX, modelado por doctrinarios como Edmund Burke y tres décadas de vivaz polémica antirrevolucionaria. Así revistaban en su mente un sólido patriotismo de apego concreto, el aborrecimiento de la demagogia, la desconfianza a la verborrea política, la fe en una libertad amparada en las instituciones tradicionales y no en las sonoras intenciones de las divisas, el horror a la guerra y a la conmoción civil (cap. IV).

Es previsible lo que, con este cuadro de convicciones, pudo él (y los otros viajeros que participaban de las mismas) pensar de Artigas, tanto en su efectiva realidad histórica como en la versión deformada del Patriarca que la Cisplatina les brindaba.

Latía también en Halloran el ínsito humanismo que, con todos los bastardeamientos, hipocresías y limitaciones, es hermoso patrimonio de la Inglaterra decimonónica, trabajada tan hondamente por el idealismo religioso y social. Su actitud ante la esclavitud, ante las divisiones sociales dentro de la Iglesia son sus ejemplos, breves pero contundentes.

Tenía también la habitual perspicacia británica para comprender los propios defectos nacionales y ver las dos caras de la moneda en ciertas recíprocas acusaciones que hispanos y sajones se lanzaban desde tiempo antes (la de “crueldad” por ejemplo) y reprobar, por fin, el largamente argüido orgullo e insularismo ingleses (cap. XII).

A un estudioso del imperialismo británico podrá interesarle también encontrar en este librito, tan generalmente etéreo, una de las primeras exhortaciones (capítulo XVIII) hechas a estos países a reducirse a las labores ganaderas y abandonar, por peligrosas, agricultura y manufacturación<sup>19</sup> ya que tal política sería el único medio, según Boutcher, de que tuviéramos algo que cambiar por los productos de Gran Bretaña.

Si tales eran sus previsible ideas políticas o económicas, las creencias religiosas de nuestro autor no dejan, en cambio, de asumir acentuada singularidad.

Como en la mayor parte de los viajeros anglosajones, de unánime formación protestante, las ceremonias del culto católico formaron en Halloran uno de los rubros más importantes con que se integraba la experiencia de este “mundo diferente”. En la mayoría de esos viajeros, también, la liturgia romana ejercía un ambiguo impacto en el que se mezclaban vituperio moral y atracción invencible, en dosis variables según fuera la secta reformada a que nuestros visitantes pertenecieran. Dígase que Halloran se peculiariza por la abundancia en el tratamiento del tema, más digna de notarse si se tiene en cuenta la parvedad de su libro. Mucho más digno de notar que este rasgo, cuantitativo al fin, es el de que la presumible filiación anglicana del marino, muy próxima o idéntica a las posiciones de la “High Church”, lo hacía mucho más permeable a lo católico que otros viajeros, de confesión frecuentemente presbiteriana o puritana. Es evidente así que, aunque desenfunde los tópicos anticatólicos tan caros a esta constelación, no lo haga con el irritante tonillo de fría superioridad con que lo practicaron muchos de sus connacionales de aquellos tiempos. Así ocurre en él con los temas de la “superstición”, la “ignorancia”, el “fanatismo”, el “exhibicionismo” o la “irreverencia” religiosas; con el de los abusos del clero, la idolatría de las imágenes o la infracción del domingo. Coherente con esta moderación y con aquella extraña fascinación que señalábamos es el singular énfasis admirativo con que describe Boutcher el esplendor (así le impresionaban) de las ceremonias en la Catedral o en la modesta San Francisco (caps. VIII, XVII, XVIII, XX).

A menudo parece el autor un lato cristiano que siente el latido común de la Fe más allá de toda diferencia y de todo “prejuicio”; un hombre tan enterado de la literatura doctrinal católica (cita el Catecismo del Concilio de Trento, el de “Douai”, la “Fe de los católicos”) ; tan simpatizante de las formas latinas de la Liturgia, tan desdeñoso de “lo puritánico” que hace pensar si no sería descendiente de una de esas familias que hoy llamaríamos “criptocatólicas” y que quedaron enquistadas en la Inglaterra protestante.

Como además había en Boutcher un poeta — ya se dijo —, este interés excepcional por lo religioso se vierte en su libro en una abundante veta himnica

que presenta en él no menos de seis imitaciones o paráfrasis de salmos. Con ellas rebrota aquí una vasta corriente de poesía cristiana, popular y culta, que tuvo entre sus roles (sobre todo a partir de la “Authorised Versión”, de 1535) alguno de los nombres más importantes de la poesía inglesa de los siglos XVII y XVIII pero sobrevivió especialmente en una tenaz, vital, veta de imitación cultural y devota.

*Carlos Real de Azúa*

- 1 Información proporcionada por Emir Rodríguez Monegal, desde Londres.
- 2 Información proporcionada por George Pendle, desde Londres.
- 3 Ver Apéndice I: “El incidente del ‘Brazen’ en el puerto de Buenos Aires”.
- 4 De los diez apellidos mencionados por el autor, hemos identificado ocho, faltando hacerlo con los Aveline y Beacon.
- 5 JAMES WEDDELL, “A voyage towards the South Pole”, London, 1827, 2ª edic., por Longmans, Rees, Orme, Brown & Green. El fragmento correspondiente a Montevideo, a donde llegó Weddell el 6 de abril de 1824 (págs. 216 - 226) está reproducido en el Apéndice III de este trabajo.
- 6 Ver nota 3 y refs. en el texto (págs. 28, 55, 60).
- 7 Salvo lo que se observa, respecto a Vidal, en nota 74 al texto.
- 8 A tal móvil obedeció, por ejemplo, la actitud de Manuel Oribe que, en su indoblegable aspiración independentista, se plegó al dominio portugués de Montevideo por considerar que una tutela más débil y con su centro más alejado era más fácil de sacudir que la brasileña.
- 9 Conf.: SAMUEL FLAGG BEMIS, “La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina”. México, 1944, págs. 62 - 67.
- 10 Ídem, págs. 45 - 53.
- 11 Conf.: C. K. WEBSTER, “Gran Bretaña y la independencia de la América Latina: 1812 - 1830”. Buenos Aires, 1944, págs. 17 - 20, y MARIO BELGRANO, “La política exterior del gobierno de Martín Rodríguez. El reconocimiento de la independencia”, en “Historia de la Nación Argentina”. Buenos Aires, 1948, tomo VI, 2ª, parte, pág. 387.
- 12 WEBSTER, OP. Cit., TOMO I, págs. 154 - 156, documento 22.
- 13 Ídem, tomo I, pág. 14.
- 14 Conf.: JOHN STREET, “La influencia británica en la independencia de las provincias del Río de la Plata” en “Revista Histórica”, Nos. 61-63, pág. 357.
- 15 HÉCTOR RATTO, “Los Comodoros británicos y la estación del Plata: 1810-1852”. Buenos Aires, 1945. Se detiene en el año anterior al viajero que nos ocupa, la importante recopilación documental editada en 1941 por el Archivo General de la Nación de la Argentina: “Correspondencia de Lord Strangford y la Estación Naval Británica en el Río de la Plata con el Gobierno de Buenos Aires: 1810 - 1822”.
- 16 Información proporcionada por George Pendle.
- 17 Todo el período correspondiente a la visita de Halloran a la Cisplatina está muy insuficientemente desarrollado en RATTO, op. cit., págs. 98-100, que ni siquiera precisa la individualización de los comodoros de ese período, ya que menciona a O’Brien y Mac Lean, cuando es mucho más probable que el cargo, por lo menos temporalmente, haya recaído en Sir Thomas Hardy o Sir Murray Maxwell (ver Apéndice I y notas 62 y 109 al texto).
- 18 En carta personal del 25 de febrero de 1958.
- 19 Una opinión coincidente posterior: la de WOODBINE PARISH, “Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata”. Buenos Aires, 1958, pág. 528.